

en cada lienzo de muralla uno grande y ocho pequeños, sin contar los instrumentos portátiles y las máquinas antiguas. Todos los arrabales, incluso jardines y árboles, fueron arrasados y se ordenó á los habitantes que se proveyeran de víveres para diez meses, debiendo emigrar los que no pudieran proporcionárselos. Pero para dirigir la defensa se habría necesitado un jefe poderoso, y Juan *Sin Miedo*, dueño del gobierno real desde fines de mayo, se contentó con enviar algunos centenares de soldados, sin dejarse ver en la ciudad, como si un pacto misterioso le impidiera presentarse.

La resistencia fué encarnizada: los ruaneses hacían continuas salidas y sus cien cañones disparaban todos en el espacio de una hora. Entonces los ingleses resolvieron cercar completamente la plaza: por el lado de

Firma de Juan *Sin Miedo*

tierra guarnecieron su campamento con fosos, taludes y caballos frisonos, envolviendo de este modo con un nuevo recinto el recinto mismo de Ruán. La flota inglesa aisló Candebec y luego remontó el río hasta las puertas de la ciudad. Río arriba, á una distancia de cinco kilómetros, Enrique V mandó echar un puente que ponía en comunicación con el campamento inglés á los apostaderos de la orilla izquierda, y delante del cual se tendieron cadenas. El fuerte de Santa Catalina fué tomado. El rey hizo transportar por tierra sus buques más ligeros—*novi velificandi more*, por una nueva manera de navegar—al punto más estrecho del gran círculo del Sena, y de este modo tuvo una flota en la parte de arriba y otra en la de abajo. La ciudad quedaba bloqueada; el hambre era segura.

El duque de Borgoña continuaba sin dar señales de vida: «era el hombre más calmoso en sus tareas que pudiera encontrarse.» Un anciano sacerdote que había atravesado las líneas inglesas, presentóse al rey en París para gritar «el gran haro» de los normandos, que «significa la opresión en que les tienen los ingleses.» «Y os mandan decir, añadió, y os hacen saber que si por falta de vuestra ayuda conviene que sean súbditos del rey de Inglaterra, no tendréis en todo el mundo peores enemigos que ellos que, si pueden, os destruirán á vos y á vuestra generación.» El duque de Borgoña contestó que se proveería á ello «lo más pronto que se pudiera;» pero, en vez de organizar un ejército, envió para negociar la paz y acompañado de una embajada, al cardenal Orsini, legado de Martín V, el cual, hallando intratable á Enrique V, hizo traer un retrato de Catalina de Francia, que gustó mucho al rey de Inglaterra, pero no le suavizó. A todo esto el duque de Borgoña, después de haber llevado al rey á recoger la oriflama en Saint-Denis, dirigióse con algunas tropas á Pontoise, adonde llegó en 24 de noviembre; pero allí se estuvo quieto durante un mes, retirándose luego al Beauvais. Las ges-

tiones de los ruaneses cerca del delfín no dieron mejores resultados. A Enrique V gustábale engañar sucesivamente á los sitiados y á la corte de Francia por medio de negociaciones ambiguas, esperando que antes de poco se le entregarían á discreción.

Grande era la miseria que reinaba en la ciudad. El cabildo, tan rico y tan poderoso, apenas tenía con qué alimentarse. Todos los asnos y caballos habían sido sacrificados y comidos; amasábase pan de salvado y de avena triturada; se comían perros, ratones, gatos, ratas, viejos desperdicios y cosas podridas, y se bebía agua y vinagre. Todo se vendía á precios exorbitantes: un caballo flaco costaba 1.280 francos de nuestra moneda; valor absoluto; un perro, 48 á 96; un ratón, 8. Para prolongar la resistencia, sacáronse fuera de las murallas doce mil mujeres, niños y ancianos; Enrique V ni dejó pasar ni quiso alimentar á esos infelices, los cuales se refugiaron en los fosos de la ciudad, y allí permanecieron durante el mes de diciembre entre el barro y el agua, viviendo de hierbas heladas.

Desde lo alto de las murallas, el canónigo Delivet, vicario capitular por ausencia del arzobispo, había fulminado el anatema contra el rey de Inglaterra y su ejército, y sobre las espadas habíase jurado castigar á todo el que hablara de rendirse; pero una salida intentada para romper las líneas inglesas fracasó, tal vez por traición del capitán borgoñón Guido le Bouteiller. Dirigióse un último llamamiento al duque de Borgoña; el consejo real deliberó en Beauvais y reconoció que no había medio de atacar en tiempo útil á los ingleses, y entonces el duque envió á decir á los sitiados «que tratasen en las mejores condiciones que pudieran.»

«El hambre quebró las duras murallas de piedra.» El 2 de enero de 1419, una embajada de diez y seis personas de las tres órdenes, en trajes de luto, salió de la ciudad para avistarse con Enrique V. El caballero inglés que los condujo les dió buenos consejos: «No habéis parlamentado con señor que se enfada tan pronto como éste; procurad, pues, no ser demasiado largos de lengua.» Esto no obstante, los ruaneses hablaron con altanería. «Ruán, les respondió el rey, es mi propia herencia, y tened por seguro que será mía á pesar de todos los que á ello se oponen, á pesar de los que están dentro y á los cuales trataré de tal manera que se acordarán de mí el día del Juicio final.» Enrique V quería que la plaza se rindiera á discreción, en vista de lo cual rompiéronse las negociaciones. Entonces, según dice Monstrelet, los habitantes concibieron el proyecto de «poner un lienzo de muralla sobre estacas por el lado de la ciudad, y después, ellos armados y todos juntos, hombres, mujeres y niños, luego de haber prendido fuego en diversos sitios de la población, derribar dicho lienzo sobre los fosos é irse todos adonde Dios quisiera conducirles.»

Sin embargo, Enrique V quería conquistar Ruán, no destruirla. En 9 de enero intervino el arzobispo de Cantorbery, y el 13, después de cuatro días y cuatro noches de conferencias, se convino en que si de entonces al 19 la ciudad no era libertada, se rendiría pagando un rescate de 300.000 escudos de oro, entregando á nueve personas, de las cuales el rey haría lo que quisiera, y reconociéndose los habitantes vasallos ligios del rey de Inglaterra.

El día 19 de enero de 1419, Enrique V, sentado en un trono y vestido con traje de tisú de oro, recibió las llaves de la ciudad, que aquella misma tarde fué ocupada. Al día siguiente hizo el rey su entrada en ella por la puerta de Caux: «Montaba un caballo castaño y llevaba un jubón de damasco y un largo manto que desde sus espaldas caía hasta el suelo. De su cuello pendía un pectoral de oro.» Recibido por el clero, siete abades mitrados y cuarenta y dos parroquias y comunidades, dirigióse primeramente á la catedral, en donde fué saludado con el canto de la antifona *Qui es magnus Dominus*, arrodillóse en el altar mayor y oyó misa, retirándose después al castillo. Enrique V se contentó con el suplicio de Alain Blanchart, el cual fué ahorcado como un criminal.

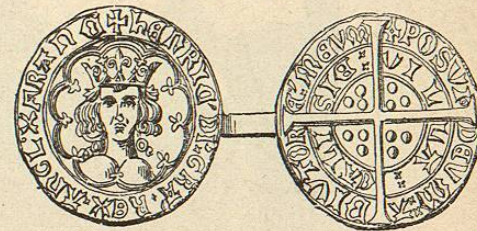
Los ruaneses sufrieron durante mucho tiempo todavía las consecuencias del sitio, siendo muy grande la mortalidad en los quince días que siguieron á la entrada de los ingleses. El rescate no pudo ser pagado en los plazos previstos y pesó sobre la ciudad hasta el año 1430.

Enrique V convocó á la nobleza normanda en la ciudad conquistada, para exigirle el juramento de fidelidad. Muchos nobles se negaron á presentarse y perdieron sus bienes, pero la mayoría se sometió á la necesidad. Organizóse el régimen inglés y se acuñó una moneda con la inscripción: *Henricus rex Francia*. Después fueron sometidas las plazas que aún se resistían. Cherburgo, tras seis meses de sitio, habíase rendido en 29 de septiembre de 1418; y el Château-Gaillard, última plaza francesa de la Alta Normandía, por falta de cuerda para sacar agua del pozo, se rindió en 9 de diciembre de 1419. Únicamente el Mont-Saint-Michel seguía siendo francés y debía continuar siéndolo siempre. En dos años Enrique V había destruído la obra de Felipe Augusto.

IV.—El asesinato de Montereau

Mientras el duque de Borgoña vagaba por los alrededores de París sin hacer nada, los armagnacs, arrojados de la capital, vencidos, diezmados, sostenían el doble peso de la guerra civil y de la guerra inglesa. El delfín Carlos, joven de diez y seis años, se había hecho jefe del partido después de la muerte del condestable de Armagnac y había encontrado un punto de apoyo en el centro de Francia, en Berri, Poitou, Auvernia, Limousín, y en general en los antiguos dominios del duque de Berri y en su ducado de Turena. Todavía era reconocido en el Maine y en el Anjou, en Lyon y en el Delfinado, y sus partidarios seguían ocupando un gran número de plazas importantes alrededor de París mismo. Sus enemigos le presentaban como dominado por una pandilla de gentes de baja estofa, «sediciosos y perturbadores obstinados de toda paz;» y él mismo estaba «tan cercado que nadie le habla.» Sin embargo, un elegido de Lyon escribía en 15 de junio de 1418, después de haberle visto en Bourges: «Os certifico que es un señor de gran corazón, y que en cuanto ha dicho una cosa quiere mantenerla.» ¿Merecía el delfín este elogio? Por lo menos en aquella pandilla de «sediciosos» que le rodeaba encontrábase el valeroso Tanguí du Chatel, Barbazán, «el príncipe de la caballería del delfín,» los arzobispos de Reims, de Sens, de Bourges y de

Tours. Estaban además con él la reina de Sicilia, de la casa de Anjou, y sus hijos el duque de Alenzón y el conde de Vertus. En 14 de junio y luego en 6 de noviembre de 1417, el rey había confiado á su hijo la tenencia general del reino con plenos poderes, y en virtud de estos poderes no revocados, el delfín, ayudado por sus consejeros, organizó su gobierno fuera de París: su Parlamento celebraba sus sesiones en Poitiers bajo la presidencia de Juan Jouvenel, el antiguo guarda del prebostazgo de los mercaderes, y su Cámara de las Cuentas en Bourges, y tenía tenientes, capitanes generales y gobernadores, representantes de su poder en los países que lo reconocían. Los Estados de Poitou, de Saintonge, de Limousín, de Perigord, del Angoumois, de la Marca, de la Auvernia y muy pronto los de Langüe-



Moneda de Enrique V, rey de Francia y de Inglaterra

doil, así como los del Delfinado, votáronle subsidios. En 28 de diciembre de 1418 tomó el título de regente del reino. El delfín, «que personalmente no era belicoso,» habríase de buena gana firmado la paz con los borgoñones ó con los ingleses, y por ambos lados negociaba. También Juan *Sin Miedo* buscaba una acomodamiento, bien con el delfín, bien con Enrique V; con el delfín quería que la reconciliación fuese tal que lo pusiera por completo en sus manos. Un tratado preparado en Saint-Maur en septiembre de 1418, no fué sino una paz hecha de cualquier modo con esta intención y no llegó á ser ratificado, debiendo contentarse todos con algunas treguas. En la primavera de 1419, el duque de Borgoña se puso francamente al lado de los ingleses: el rey de Inglaterra mostrábase «altanero y orgulloso como un león;» pero en los primeros días de abril de 1419, en las conferencias celebradas en Vernón y en Mantes, los negociadores borgoñones ofrecieron la ejecución del tratado de Calais, la «gran paz,» como los ingleses decían, y por añadidura la Normandía con todos los territorios recientemente conquistados. A este precio era posible llegar á una inteligencia, habiéndose convenido en que los dos reyes, la reina Isabel, su hija Catalina, que seguía destinada á Enrique V, y los duques de Borgoña y de Bretaña se encontrarían entre Mantes y Pontoise.

La entrevista se celebró el 30 de mayo. El pobre Carlos VI se había quedado enfermo en Pontoise, y el rey de Inglaterra, la reina de Francia con su hija y el duque de Borgoña se reunieron en un campo fortificado, rodeado por altas empalizadas y buenos fosos. Por ambas partes se creía que sólo se trataba de perfeccionar un tratado cuyas cláusulas esenciales estaban ya admitidas; pero, según parece, surgieron desavenencias por cuestiones de detalle, y los franceses se negaron á levantar acta auténtica del acuerdo en las condiciones que los ingleses exigían.

En aquel momento llegaba á Pontoise una embajada

del delfín presidida por Barbazán y Tanguí du Châtel, que se proponía hacer una nueva tentativa para la reconciliación de los príncipes de Francia contra los ingleses. Entonces deliberó en el consejo de la regente si convenía más tratar con los ingleses ó con el delfín: Nicolás Rolín, consejero del duque de Borgoña, sostuvo que debía preferirse á los primeros y que convenía «que el rey cediera una parte de su dominio,» que ya podía hacerlo por «un bien tan grande como la paz.» Si los dos reyes se unían, el delfín no se atrevería á resistir, y si algunas ciudades, París inclusive, no aceptaban aquella paz, «al ver que no tenían esperanza alguna de socorro, harían como Ruán.» Además de esto, ¿por

quien el delfín había conocido de niño y á quien el duque de Borgoña tenía en gran aprecio, obró el milagro de reconciliar á los príncipes, los cuales se juraron amistad y se dieron el beso de paz mientras los señores que les acompañaban gritaban: «¡Navidad, Navidad!» Los dos se obligaron sobre la Vera Cruz, sobre los Santos Evangelios y sobre su parte de paraíso, y ambos, «animados de una misma voluntad y sin fingimiento alguno,» prometieron trabajar «en la repulsión» de los ingleses. Quedaron anulados todos los tratados con el enemigo en el pasado y prohibidos para lo porvenir. Carlos y Juan permanecieron todavía dos días juntos en Corbeil y el 19 de julio el rey ratificó en Pontoise el acuer-



Entierro de Juan Sin Miedo. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

qué lamentar tanto la parte del reino que sería preciso abandonar «si los ingleses ya habían sido en otro tiempo dueños de las mismas plazas que pedían y entonces el reino y los súbditos eran ricos y vivían en buena paz y tranquilidad?»

En cambio, Juan Rapiant, presidente del Parlamento, apoyó el acuerdo con el delfín, sosteniendo la inalienabilidad de los bienes reales, la ilegitimidad de las pretensiones de Enrique V sobre una parte ó sobre la totalidad del reino de Francia, la nulidad del tratado de Calais y por último la necesidad de defenderse contra los ingleses. En aquella ocasión el consejo dió la razón á Nicolás Rolín; pero aquellos debates trastornaron las negociaciones que se seguían con los ingleses y acabaron de provocar la desconfianza de Enrique V, el cual, conociendo por experiencia propia las incertidumbres del duque de Borgoña, mostróse más duro y más exigente. En pocos días la desavenencia fué completa, la paz con los ingleses pareció imposible y al fin Juan Sin Miedo aceptó una inteligencia con el delfín.

Los dos adversarios, que hasta entonces habían negociado desde lejos, se vieron por vez primera en 8 de julio cerca de Pouilli, á una legua de Melún: la entrevista se prolongó hasta las once de la noche, y durante la misma Juan Sin Miedo «se mostró siempre caviloso, y lo mismo era hablarle á él que á un asno sordo.» Una entrevista celebrada el 11 de julio estuvo á punto de degenerar en altercado; pero aquel mismo día una dama de honor de la reina Isabel, la señora de Giac, á

quien ellos firmados. En París echáronse las campanas á vuelo, se cantó el *Te Deum* y se celebraron procesiones de acciones de gracias.

Pero el duque de Borgoña era incorregible y el cambio de embajadas entre él y el rey de Inglaterra continuó lo mismo que antes. Los ingleses, una vez terminada la conquista de Normandía, habíanse apoderado de Mantes y de Meulan, y el 31 de julio entraron en Pontoise, cuyos habitantes huyeron á París, en donde su llegada produjo gran pánico. El duque de Borgoña, desde Saint-Denis, en donde se encontraba, volvió la espalda á los ingleses, llevóse al rey á Lagni y el 11 de agosto lo instaló en Troyes. Durante su estancia en Corbeil, el delfín y el duque habían convenido en celebrar una nueva entrevista el 26 de agosto en Montereau á fin de dar la última mano á su unión y preparar la resistencia común contra los ingleses; pero Juan Sin Miedo procuró evitar el encuentro, tratando de conseguir que el delfín fuera á Troyes, tal vez para apoderarse de él, y reuniendo tropas. Los del partido del delfín, por su parte, también vacilaban y sentían desconfianza, y á todo esto pasó la fecha fijada. Por fin, en 5 de septiembre, Juan Sin Miedo firmó un manifiesto para anunciar que se va á hacer «gran guerra á los ingleses,» y el 7 declaró que el día 10 se encontraría en el puente de Montereau para conferenciar con el delfín.

Eran las cinco de la tarde cuando los dos príncipes se avistaron en Montereau, en «un parque» establecido en medio del puente. El duque iba acompañado sola-

mente de diez personas. La conversación se agrió cruzándose «rigurosas palabras:» el delfín acusaba al duque de que había faltado á sus compromisos y el duque se defendía, hasta que ademanes desgraciados, manos que empuñaban las espadas y actitudes amenazadoras pusieron fin á la entrevista. Tanguí du Chatel llevóse al delfín, y algunos minutos después el duque de Borgoña caía mortalmente herido por varias estocadas. Como dice Juvenal de los Ursinos, «muchos han escrito de diversos modos y sólo tenían noticias del hecho por lo que habían oído; los mismos testigos presenciales no hubieran podido declarar con certeza, porque la cosa pasó demasiado aprisa.» Los borgoñones acusaron al delfín diciendo que había preparado una emboscada; pero tal premeditación es inverosímil.

Un asesinato, el del duque de Orleans, había sido en 1407 causa de la guerra civil; en 1419, otro asesinato es por poco causa de la pérdida del reino. En 1521 un cartujo de Dijón, que enseñaba á Francisco I el cráneo de Juan Sin Miedo y le hacía observar el agujero que en él había dejado una de las heridas, le decía: «Señor, por este agujero entraron los ingleses en Francia.»

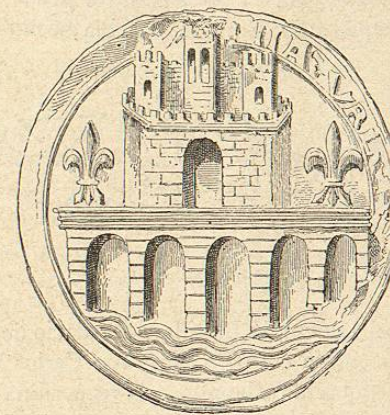
V.—El tratado de Troyes (1)

Al tener conocimiento de aquel asesinato, todo el partido borgoñón se puso al lado de los ingleses. Un verdadero furor diabólico se apoderó de París, según expresión del Religioso de Saint-Denis, y hubo ejecuciones y encarcelamientos. La Universidad expresó su dolor á la duquesa viuda de Borgoña, diciéndole, entre otras cosas: «Muy noble y poderosa señora, no es hora de lamentos, de lágrimas ni de llantos, sino que es necesario trabajar y afanarse mucho para la reparación del muy enorme y cruel asesinato.» Además ofreció servir á la duquesa «con predicaciones y cartas misivas.» El 12 de septiembre, los ciudadanos de París juraron «perseguir con todo su poder la venganza y reparación de la muerte y homicidio del difunto duque de Borgoña,» prefiriendo los ingleses á los armagnacs y decidiendo entrar en negociaciones con Enrique V y hacer con él la paz por cuenta de la buena ciudad de París.

El nuevo duque de Borgoña, Felipe, cuando supo el asesinato de su padre, «sintió en el corazón una tristeza y una aflicción tan grandes, que á duras penas podían sus gobernadores reconfortarle.» Después de un instante de vacilación, rechazó las indicaciones del delfín, que en seguida había solicitado de él la continuación del acomodamiento de Poitiers, y reunió primero un consejo de familia en Malinas y luego una especie de gran congreso de su partido en Arrás, en 18 de octubre de 1419. En la iglesia de San Vaast y durante los funerales que en honor del difunto duque se celebraban, Pedro Floure, inquisidor de la fe en la provincia de Reims, atrevióse en su sermón á aconsejar al duque que no persiguiera su venganza, que no pasara «á vías de hecho,» sino que pidiera reparación á la justicia real. Aquel consejo sabio y honrado disgustó, y muchos señores que pensaban como el orador se retiraron. Y se decidió que «dentro de breves días» el du-

que firmaría tratado y alianza con el rey de Inglaterra, y «con ello perseguiría con todo su poder venganza y reparación.»

Durante todo el mes de noviembre hubo gran movimiento de embajadas entre Arrás y Ruán, y el 2 de diciembre, en la primera de estas dos poblaciones, sentábase en un acta preparatoria del tratado general las bases de un tratado entre los reyes de Inglaterra y Francia. El día de Navidad, Enrique V y el duque de Borgoña se aliaban para hacer la guerra contra el delfín y convenían en que las negociaciones con el propio gobierno real debían seguirse en Troyes, adonde se dirigieron á caballo en enero de 1420 los plenipotenciarios ingleses, después de haberse juntado con el duque de Borgoña. Dos días después de su lle-



Sello de la villa de Pontoise

gada estaba realizada la inteligencia. El 20 de mayo llegaba allí Enrique, que no había encontrado enemigo alguno en su camino, y aquel mismo día firmábase un contrato de matrimonio entre él y Catalina, hija de Carlos VI. Al día siguiente, los dos reyes juraban el tratado de Troyes.

Como el rey Enrique, dice Carlos VI en el primer artículo, «ha pasado á ser hijo nuestro y de nuestra querida y muy amada compañera la reina, el tal hijo nos honrará á Nos y á nuestra dicha compañera como padre y madre.» El rey y la reina llaman á su propio hijo Carlos «el pretendido delfín de Viennois,» le acusan «de horribles y enormes crímenes» y renuncian á firmar voluntariamente paz ni acuerdo alguno con él: Enrique V es su único hijo. Carlos VI conservará durante su vida «la corona y la dignidad real de Francia con todas sus rentas,» pero el rey de Inglaterra tendrá «la facultad y ejercicio de gobernar y ordenar la cosa pública.» Enrique no adoptará el título de rey de Francia, sino el de heredero del rey de Francia; conservará la Normandía y los territorios por él conquistados como una especie de dote, y de acuerdo con el duque de Borgoña organizará «la situación» del rey, establecerá impuestos y proveerá los empleos según las reglas establecidas. Los Estados del reino jurarán esta paz. Enrique V comunicó á la Europa cristiana este tratado de Troyes que parecía poner fin á los destinos de Francia, en otro tiempo tan brillantes, y hacer de nuestro país un anejo de Inglaterra.

El mismo día en que se firmó el tratado promulgóse la fórmula del juramento que debía prestarse al here-

(1) FUENTE.—Cosneau, *Les Grands traités de la guerre de Cent Ans*, 1889.